

**Marc Augé. *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, Barcelona: Gedisa, S.A., 1995, 165 pp.**

En este final de siglo, la cualidad que nos une a todos los seres humanos es nuestra condición de contemporáneos, “[...] el indígena más alejado, de la aldea más perdida del continente más lejano, tiene por lo menos la idea de pertenecer a un mundo más vasto” (p. 25). Esta contemporaneidad que tiene sus bases en la “aceleración de la historia” y en el “encogimiento del planeta”, crea condiciones de instantaneidad, una nueva concepción del espacio y amplía el campo de la antropología como el estudio de las modalidades de relación con el otro.

Para entender la antropología en este contexto, Marc Augé nos conduce por un itinerario que pretende mostrar las posibilidades de la antropología frente a los cambios suscitados por la contemporaneidad. Tal como en los estudios del espacio urbano, más precisamente de la ciudad y sus caminos y recorridos, nos lleva a percibir que los itinerarios recomendados no son necesariamente los más cortos, sino que son aquellos que pueden expresarse y oírse, es decir, aquellos en los cuales se puede identificar y entender los sentidos y significados en la multiplicidad de opciones del tramo urbano.

En este sentido, el antropólogo que está inmerso en una maraña de mundos complejos e interactuantes, debe elegir un itinerario metodológico que le permita descifrar el cúmulo de información y, a la vez, la crisis de alteridad (crisis de sentido y significación del otro) que provoca la contemporaneidad.

¿Cuál es, o debe ser, el objeto de la antropología contemporánea? Más que una pregunta, el tema aparece como una inquietud que merece un esfuerzo de sistematización de las situaciones inéditas provocadas por la crisis de sentido. Para eso, Marc Augé parte de la consideración de dos revisiones importantes. La primera es la relación entre la antropología y la historia, enfatizando la proximidad de sus concepciones de tiempo y espacio como una consecuencia de la contemporaneidad. Y la segunda es la tradición revisionista de la antropología que tiene como tema central las posiciones del observador y del observado.

Según el autor, debemos considerar el tiempo histórico y el espacio antropológico como conceptos cambiantes en términos de un espacio-tiempo con nuevas asignaciones de sentido. Si antes la antropología es-

taba interesada en el estudio del presente de las sociedades lejanas y la historia, a su vez, en el estudio del pasado de las sociedades próximas, hoy, con el aumento de la complejidad de las relaciones de alteridad los objetos de estas dos disciplinas se acercan. De manera que el espacio, materia prima de la antropología, se considera como un espacio histórico, es decir, un espacio cargado de sentido por los grupos humanos (espacio simbolizado), fruto de la construcción simbólica del mundo que da un sentido a la historia. Y el tiempo, materia prima de la historia, como un tiempo localizado (antropológico), distorsionado por los medios de difusión de las imágenes y la instantaneidad de la información que crean "pasado inmediato", diluyendo la frontera que separaba la historia de la actualidad.

Por otro lado, la tradición revisionista de la antropología busca discutir la alteridad del objeto de esta disciplina respecto del observador. La pérdida de la noción de "exótico" y del distanciamiento (consecuencia del "encogimiento del planeta") produce una reconsideración de la relación investigador-investigado. Lo que antes era percibido en niveles separados de cosmologías distintas, ahora debe ser considerado dentro de un marco de reconocimiento y diálogo, es decir, el otro ya no está lejos y tampoco se clasifica como una curiosidad, un ser extraño a nosotros; la información y las imágenes circulan rápidamente y borran la

dimensión mítica de los demás. La alteridad continúa existiendo, pero ahora el reconocimiento se da en una proximidad, real o imaginaria. Tanto "nosotros" como los "otros" nos reconocemos en nuestra contemporaneidad.

Para que la antropología pueda comprender y estudiar mejor este cambio de sentido y significación del mundo, Marc Augé propone que el campo empírico de esta disciplina debe concentrarse en el espacio del rito (de la actividad ritual) que es, en esencia, de naturaleza política, es decir, a través del rito que los seres humanos "estabilizan sus relaciones" y norman sus conductas.

Otra característica del rito es su capacidad de conjugar dos lenguajes distintos y complementarios, el lenguaje de la identidad y el lenguaje de la alteridad. Ellos apuntan hacia el entendimiento de la cuestión del sentido (social) de las relaciones de los hombres entre sí.

Para el autor la crisis de la modernidad es en esencia una crisis de la alteridad: "Los fenómenos [...] de sobremodernidad (exceso de sucesos, exceso de imágenes, exceso de individuos) afectan más a un lenguaje que el otro" (p. 86). El lenguaje de la alteridad pierde su base simbólica, como si una de las características de nuestra época fuera atribuir al individuo la responsabilidad de crear los modos de relación con los demás, compensando el déficit simbólico (el vacío simbólico) ocasionado por el hundimiento de las cos-

mologías intermediarias (partidos políticos, Iglesia, sindicatos), que antes eran responsables de normar las relaciones con los demás y que suprimían la necesidad de redescubrir el otro a cada momento.

La reconceptualización del tiempo y del espacio, el encogimiento del mundo, la gran velocidad de la información y de la difusión y la crisis de alteridad conforman la condición contemporánea. Ésta, a su vez, establece una paradoja entre lo singular, que implica ser contemporáneo (la aldea global, la occidentalización de la cultura, la caída de fronteras y tantos otros adjetivos para un mismo proceso) y la pluralidad de las formas de expresión que coexisten en este disminuido planeta; en este perpetuo presente (condiciones de instantaneidad y de ubicación) que nos brindan la revolución de los procesos de comunicación-difusión.

El desafío intelectual del antropólogo es descubrir e interpretar las contradicciones y necesidades que se dan en esta paradoja de la singularidad constitutiva y el relativismo universal. Es decir, cada mundo es único (el mundo empresarial, el mundo religioso, el mundo deportivo, etc.); sin embargo, los individuos no están restringidos a una normatividad interna (que existe), ellos tienen redes de relaciones de diferentes niveles y propósitos que hace que los mundos interactúen.

Nuestra relación con el medio, con lo que nos rodea, se modifica por

una continua resignificación del espacio-tiempo. Las grandes redes de transporte y comunicación, las metrópolis, los aglomerados urbanos, la mundialización de la información, etc., reorganizan, a veces de forma violenta, las nociones de lo próximo y de lo lejano.

La crisis de alteridad o el déficit de sentido provocado por la sobremodernidad, se manifiesta en la imposibilidad de formular un pensamiento de alteridad, revelando ciertos fenómenos contemporáneos caracterizados por la exclusión del otro como, por ejemplo, los fundamentalismos y los nacionalismos. El rasgo más perverso de la sobremodernidad es la escenificación del mundo presentado como espectáculo o el mundo de la imagen. En este proceso nos aconstrumbramos a relacionarnos a través de la imagen, no solamente la de los medios de comunicación-difusión, sino también todos los mensajes que pretenden instituir una normatividad externa al individuo (cómo vivir mejor, cómo tratar nuestro cuerpo, cómo ser adecuado en la confrontación con los otros o, en otras palabras, cómo ser políticamente correcto).

Finalmente, Marc Augé nos dice que el antropólogo debe buscar identificar la crisis de sentido cuando ésta se manifieste, tanto en las relaciones de los mundos conocidos como en la "encrucijada de los mundos nuevos en los que se pierde el rastro mítico de los antiguos lugares" (p. 126). Para la antropología esto es

posible porque su propia historia cambios de escala y dimensión del  
es una historia de adaptación a los objeto de estudio

*Marcos Nauhardt M.\**

\* Investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede México.